

lla; y no se arredaban porque los invasores se apoderaran de las ciudades; porque allí está la capital de una nación, en donde están los bravos que defienden su derecho.

Y triunfamos al fin.

Lo repetimos: en donde un hombre manda, el hombre lo es todo. Si es un héroe, él llevará á su pueblo á batir y á derrotar al enemigo, ó si sucumbe, será con gloria. Si es un menguado, inmolará á su pueblo por su persona; y llegará al extremo de equivocarse, porque creyendo hacer por su salvación, bajará con su pueblo hasta la sima.

Al pueblo tenochca tocó en suerte uno de esos últimos monarcas; y la conquista fué el resultado natural, así del antagonismo orgánico del imperio, como de la imbecilidad del soberano.

XLIX.

Moteczuzoma II no puede resistir el paralelo con ninguno de sus antecesores; ni aún con el infeliz Chimalpopoca. Este, á lo menos, mirándose deshonrado é impotente para vengarse, quiso morir en aras de sus dioses; y cuando se vió imposibilitado de hacerlo por haber sido reducido á prision por su enemigo, para evitarse la afrenta de morir á sus manos, se quitó la vida en su calabozo.

Huitzilihuitl también tuvo el dolor de que le asesinaran á su hijo; pero siendo jefe de un puñado de hombres miserables, no podía contrarestar el inmenso poder del rey de Atzacapotzalco; y devoró la injuria, y sacrificó su venganza á su debilidad, y al futuro engrandecimiento de su patria.

A Moteczuzoma II le mataron un hijo sus enemigos; y siendo como entonces era el poderoso de los poderosos tecuhtlis de la época, pudiendo anonadar á los que dieron muerte á su hijo, haciendo caer sobre ellos todos los guerreros de su imperio, se conformó con enviar nuevas tropas, que hicieron una campaña sin resultado.

Huitzilihuitl heredó de Acamapichtli, el trono y el manto de *actatl*; una pobre tribu asentada en territorio ageno; viviendo

en la miseria; refugiada, mas bien que establecida, en los insalubres islotes del lago; mal alimentada, llena de privaciones, aislada en sus aduares.

La pequeñez de sus recursos y de sus fuerzas, lo colocaba en posicion de ser absorbido por cualquiera de las poderosas monarquías que le rodeaban; pero fué bastante sagaz para salvarse de aquel peligro; y él, el pobre y desvalido, logró, por medio de su política, asimilar á su pueblo los individuos de otros pueblos; hacerse necesario por las creces quó dió al comercio y á la industria, y preparar de este modo el venidero destino de su reino.

Cada uno de los hechos de aquel monarca, revela un progreso.

Embarcaciones multiplicadas, canales prolongados, habitaciones de piedra, cultivo de las flores, todo lo que inició, lo que hizo, lo que impulsó, descubre en Huitzilihuitl la cordura de su inteligencia, y su fe en el porvenir.

Y al dejar esta vida por la otra, legó á su sucesor, el mismo trono de *petatl*, pero el manto de algodón; una tribu que ya comenzaba á ser un pueblo; un comercio activo con las naciones limítrofes; alianzas de familia que aseguraban la amistad de otros pueblos, y que eran una base segura para el progreso de la monarquía; y por fin, el bienestar de sus vasallos, comparativamente multiplicado con el que tuvieron bajo el primer tecuhtli; bienestar, comercio y alianzas de familia, que fueron el cimiento de la grandeza á que llegó despues el imperio de los tenochea.

No fué así Motecuhzoma II.

Las leyes suntuarias ocupaban mas su ánimo que las útiles.

La mejor crítica que puede hacerse de este monarca, es comparar el discurso que á su exaltacion al trono le dirijió Netzahualpilli, con los hechos de su reinado.

Motecuhzoma II se sentó en el trono de oro de Ahuitzotl, y colocó sobre sus hombros el régio manto de plumas de su antecesor. Recibió de él una monarquía poderosa, capaz de hacer las conquistas que llevó á cabo despues, no bajo el

mando del Xocoyotzin, sino bajo el de sus generales. Recibió de Ahuitzotl un pueblo rico, guerrero, activo, civilizado, industrial; un pueblo á quien, para conservar su independencia y su grandeza, no le faltó mas que un rey que continuara la educacion que le dieron sus antepasados.

Por desgracia, Motecuhzoma II no era ese rey. Ya hemos visto hasta qué grado de envilecimiento redujo á sus nobles y á sus feudatarios; con qué desprecio trató al pueblo; cómo los humilló y los vejó, relajando de este modo en todas las clases, todos los sentimientos de la dignidad humana.

Ya hemos visto á ese rey desviviéndose por ser adorado, y llevando hasta una estúpida puerilidad la exigencia de los homenajes á su persona.

Y con todo; acaso ese mismo estado en que tenia á sus vasallos, pudo haber servido para libertar al país de los pocos y atrevidos españoles que lo invadieron, si ese rey sacerdote, valiéndose de la influencia de su doble carácter, en vez de encerrarse en su sancta sanctorum, se hubiera presentado á su pueblo, embrazando el *chimal*, empuñando el *macuahuitl*, y hablándole en nombre de su religion y de su independencia, le hubiera conducido á la batalla; porque adorando los mexica como adoraban á su monarca, por sin duda que, si no por los dioses, ni por la patria, habrian ido á su lado por defenderle; y si no por la táctica ni por las armas, por el número habrian acabado con los invasores.

Una prueba: CUITLAHUATZIN.

Otra prueba: CUAUHEMOTZIN.

Nada mas que, cuando esos jefes se pusieron á la cabeza de sus compatriotas, ya era tarde. Cortés contaba con todos los señoríos que con su apoyo se habian librado de la tiranía del imperio, y la conquista era inevitable.

Si al asomar las primeras deserciones, Motecuhzoma II hubiera desplegado la fuerza de alma de uno de aquellos dos héroes, habria sido un ejército español que hubiera venido despues al país, pero no Cortés y su reducida legion, quien hubiera sometido el imperio.

Mas ya hemos visto que Motecuhzoma II, lejos de ser el jefe de su pueblo, fué el obsequiador de los españoles, creyendo que con sus espléndidos regalos les alejaba del territorio; y hemos visto que al fin los recibió en su capital, y los protegió, y se reconoció vasallo de la España, y dejó la rica herencia de Ahuitzotl reducida á la servidumbre.

L.

Sin embargo; si no tiene perdon por la política interior con que gobernó su imperio, sí tiene una disculpa que atenúa en mucho los desaciertos de su conducta para con los conquistadores.

Motecuhzoma II era *supersticioso*.

Y dominada su alma por la tradicion que condenaba á su pueblo á caer bajo un yugo extranjero, no intentó resistirla, se sometió á su destino.

PANTALEON TOVAR.